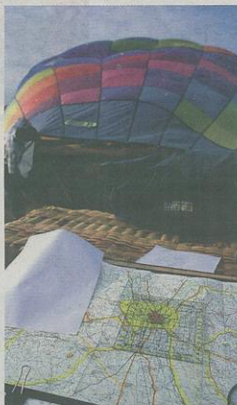


viento

sevarlos al punto de despegue: un descampao a las afueras de Medina donde el equipo ya tiene desplegado el globo sobre el suelo: un modelo Cameron A-250 con un volumen de 600 metros cúbicos y una altura de 26,5 metros, confeccionado con un nylon rip-stop de alta tecnología y gran 'tenacidad' fabricado por DuPont. Una 'joya de la corona' con capacidad para 10 pasajeros: «el segundo más grande que vuela en España», en palabras del piloto. El ritual del despegue comienza siempre oliendo unos globitos de helio para ver hacia dónde se los lleva el viento. De cómo se comporten y hacia dónde vayan el piloto puede prever cómo discurrirá el vuelo: «Una vez explotó uno en el aire y lo vimos todos desde bajo... la risa floja de los que iban a subir fue «nota», comenta un miembro del equipo de poyo. Pero hoy cuando llegamos junto al globo, José Luis y su equipo están ya enfocado hacia el interior de la vela el ventilador de aire frío. Lo siguiente es encender los quemadores para que el aire que ha quedado atrapado en el interior se temple lo suficiente como para que comience a elevarse. Sobre el descampao a las afueras de Medina la enorme bola blanca comienza a tomar consistencia. En no más diez minutos está ya en posición vertical



Mapa con el rumbo a seguir.

y el piloto da la orden de subir a la barquilla. En otros tres, Medina de Pomar es una de esas postales aéreas que cuelgan en los bares de los pueblos. O un pantallazo del Google Earth. Visto y no visto, sin saber cómo ni en qué momento se han separado los pies del suelo los pasajeros de este vuelo sin alas flotamos sobre Las Merindades como una pompa de jabón sobre una bañera. ¿Y el vértigo?: sencillamente, no existe. «Ahora mismo es mucho menor que si estuviéramos en la punta de la torre Eiffel», comenta José Luis, «lo que pasa es que en globo no existe el vértigo porque para tener la sensación de vértigo el ojo necesita tener puntos de referencia estáticos, como los que tienes desde un mirador o un balcón. Y aquí arriba todo está moviéndose a la vez». Nadie en la barquilla, ni los que han subido con más hormigueo en el estómago, son capaces de rebatir el argumento: el vértigo en el globo no existe.

Y el miedo a caerse, tampoco. Todo parece tan simple, tan sencillo, tan seguro, tan suave... que da de todo menos miedo. Además, la sensación de paz es inmensa. De hecho, el silencio impresiona mucho más que la altura. Un silencio confortable, tan transparente que se oye cualquier comentario de los que dicen en tierra. Sólo el rugido caliente de los quemadores, que recuerdan el ronroneo de un pequeño dragón alado, rompen la paz del aire para recordarte que no estamos flotando en un sueño plácido. Que es real. El sueño que la mayoría apunta en su libreta de deseos por cumplir y que hoy se hace realidad. Así que, como si fuéramos parte de una película en 3D o del aire de una gaseosa, lo único que apetee es apoyarse en la cesti-

lla para gozar el espectáculo de un valle que comienza a desaparecerse en una mañana de septiembre. Abajo, a 300 o 400 metros, los perros ladran al globo, los caballos echan a correr cuando nos ven, un señor saluda desde un tractor, otro se queda embobado a la puerta de una nave, una cuadrilla deja de sacar cebollas de un campo y grita saludos de envidia hacia lo alto, la Guardia Civil, que ve de pronto la silueta inmensa, da la vuelta a la entrada de un pueblo y busca un camino por el que va a pasar muy bajo. Parece que

vienen a pedir papeles - sería imposible parar el globo en el arcén, bromean los pasajeros -, pero solo es que les apetece saludar de cerca. ¡Puff! ¡Y de pronto han pasado 60 minutos. El valle se acaba, las montañas están ya ahí mismo y José Luis decide que no se puede ir más allá. Las nubes negras siguen donde estaban, marcando el límite hasta el que los sueños

pueden acercarse. Así que un campo en barbecho se convierte en pista de aterrizaje y los pasajeros, como sentados sobre una silla imaginaria se preparan para despertar del sueño. Se agachan, se tensan, se callan. Dos impactos suaves sobre el suelo y un tercero en el que la barquilla se arrastra unos metros. Un amago de volcar. Y de pronto, todo se detiene sin más. El equipo de apoyo nos ha visto aterrizar y entra en contacto por el walkie: «¿Todo bien?». «Perfecto, os esperamos». Con la vela aún hinchada sobre nuestras cabezas, mientras esperamos la llegada de los rescatadores, cuesta asimilar que todo haya pasado tan rápido. Apenas ha sido un suspiro. Pero no queda otra que abrir la libreta de cosas por hacer y tachar de la lista un nuevo deseo cumplido.

**El silencio
impresiona más
que la altura,
un silencio
confortable,
transparente**

